

MARIO BARBOSA CRUZ, A. RICARDO LÓPEZ-PEDREROS Y CLAUDIA STERN (EDS.), *Clases medias en América Latina: subjetividades, prácticas y genealogías*, Bogotá/Ciudad de México, Universidad del Rosario/Universidad Autónoma Metropolitana, 2023, 2 vols.

El campo de estudios sobre la clase media latinoamericana ha vivido una intensa renovación en las primeras décadas del siglo XXI. Partiendo del ya clásico estudio de David Parker sobre los empleados peruanos publicado en 1998¹, y seguido de una cada vez más profusa bibliografía producida tanto en América Latina como en los Estados Unidos, los esfuerzos por conocer las trayectorias históricas mesocráticas se han alimentado de los cambios historiográficos generales desde el “giro lingüístico” en adelante, pasando por innovaciones en historia cultural, política y social, hasta aperturas a metodologías interdisciplinarias de corte conceptual y etnográfico, entre otras. Desde esas perspectivas, en términos generales, la clase media ya no se define como una realidad “objetiva”, definida por marcadores cuantificables de ingreso, ocupación o nivel educacional. Por el contrario, la clase media es entendida como un horizonte político-cultural que permea grupos sociales diversos, y que puede ser utilizado como bandera de lucha e identidad en conflictos de distinta magnitud. La clase media, nos muestra este campo en expansión, existe allí donde se invoca y experimenta, moldeando en el camino subjetividades, prácticas sociales y políticas estatales.

Los dos volúmenes que componen la obra *Clases medias en América Latina: subjetividades, prácticas y genealogías* editada por Mario Barbosa Cruz, A. Ricardo López-Pedrerros y Claudia Stern –traducción al español de una primera versión publicada en inglés en 2022– son, en esa línea, un aporte significativo a este campo de estudios. No es la primera colección de estudios sobre clase media en América Latina², pero sí es la más voluminosa y ambiciosa en términos de cobertura geográfica y diversidad nacional y disciplinar de sus autores. En línea con la literatura ya existente, de la cual muchos de los autores incluidos en esta colección son destacados representantes, esta obra asume premisas ya conocidas, a lo que le suma evidencia empírica e interpretaciones originales en muchos de sus trabajos. En términos generales, como es posible apreciar en la introducción general redactada por López-Pedrerros, se entiende a la clase media como un fenómeno históricamente situado, que obedece a las condiciones particulares en las que surgen esos grupos, prácticas, políticas e identidades. De allí que su existencia no deba ser reificada en relatos teleológicos o esencialistas, como se hizo desde la retórica de la teoría de la modernización de los años 1950 y 1960, y su iteración contemporánea neo-

¹ David S. Parker, *The Idea of the Middle Class: White-Collar Workers and Peruvian Society*, University Park, Pa., Pennsylvania State University Press, 1998.

² Véase sobre todo Ezequiel Adamovsky, Patricia Beatriz Vargas y Sergio Visacovsky (eds.), *Clases medias: nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Buenos Aires, Ariel, 2014; David S. Parker y Louise E. Walker (eds.), *Latin America's Middle Class: Unsettled Debates and New Histories*, Lanham, Lexington Books, 2013; Sergio Eduardo Visacovsky y Enrique Garguin (eds.), *Moralidades, economías e identidades de clase media: estudios históricos y etnográficos*, Buenos Aires, EA, 2009

liberal encarnada en organismos internacionales como el Banco Mundial o la OCDE. Desde esas perspectivas, la clase media sería un producto anglo-europeo de difícil sobrevivencia en América Latina, es decir, una falla histórica en el accidentado tránsito regional hacia la modernidad. En esa misma línea, el recipiente conceptual de las clases medias ha sido llenado de líquidos ideológicos de diferentes texturas y colores: la clase media, por ejemplo, sería el sostén de la democracia, la base de la estabilidad institucional, el requisito para una sociedad dinámica y emprendedora, o la puerta para una sociedad posclasista y liberada de estas tensiones históricas. También, desde perspectivas opuestas que corren desde la teoría de la dependencia hasta perspectivas decoloniales más contemporáneas, la clase media ha sido vista como una planta extraña en suelos latinoamericanos, un artefacto ideológico de dominación o el reflejo de una modernidad ajena al verdadero espíritu de las masas de la región. De más está decir que quienes enarbolan ese tipo de discursos, en la gran mayoría de los casos, poco se preocupan por analizar y fundamentar sus propuestas desde una perspectiva histórica y empírica. Este volumen reacciona de manera explícita frente a ese tipo de discursos esencialistas, difusionistas y ahistóricos.

¿Qué sería la clase media, entonces? Según López-Pedrerros, puede entenderse como “un discurso históricamente contingente, un concepto políticamente polisémico, una práctica social abigarrada y una identidad colectivamente heterogénea en condiciones económicamente polifónicas a través de las cuales se han sedimentado las jerarquías de clase, se han configurado las distinciones de género y se han legitimado las exclusiones de raza” (p. 38). De esa definición general se sigue que el estudio de la clase media reconoce varias estrategias metodológicas y apuestas epistemológicas, y que no debe ser limitada a los reinos clásicos de los estudios de estratificación social de corte sociológico o económico. Todo ello, a su vez, habilitaría la observación de fenómenos más amplios a través de la experiencia históricamente situada de grupos de clase media. En otras palabras, la historia de la clase media deja entrever los caminos fracturados y contradictorios de la modernización latinoamericana; la pervivencia, desafío y mutación de jerarquías sociales, raciales y de género; los significados cambiantes atribuidos a nuevas materialidades y cotidianidades (consumo, ropa, vivienda, etc.); y las formas en que distintos regímenes políticos han lidiado con esos grupos y expectativas. Es decir, y este volumen lo confirma, el campo de estudios de la clase media supera los límites del análisis de actores específicos para mostrarse como una dimensión ineludible de la historia política, social y cultural latinoamericana.

Esta voluminosa obra está compuesta de veintidós trabajos, además de la introducción ya mencionada de López-Pedrerros, y un epílogo a cargo de Brian Owensby. Los textos están organizados en cuatro secciones temáticas –dos por volumen–, precedidos por breves introducciones a cargo de los editores. Dados los entrecruces metodológicos, geográficos y temáticos de los trabajos, las secciones del primer volumen –“Liberalismo, la idea de raza y neoliberalismo” y “Trabajo, consumo y disparidades políticas”– no funcionan muy bien a la hora de organizar los textos. Sí

lo hace de mejor forma en el segundo volumen, que sigue un criterio más cronológico al centrarse en dinámicas políticas y sociales de Guerra Fría y los nuevos escenarios abiertos por el agotamiento de ese conflicto bipolar global y regional y el advenimiento de nuevos regímenes de gobernabilidad neoliberal.

Para un análisis en conjunto, necesario pero incompleto y esquemático, de los textos reunidos en esta obra, quizás sea mejor acudir a las distinciones presentadas por David Parker en el capítulo 20, en el único trabajo que no fue escrito especialmente para esta colección. Allí Parker reconoce que la clase media puede ser entendida desde diferentes enfoques, que en realidad representan epistemologías distintas a la hora de entender lo social y la configuración de grupos más o menos coherentes: 1) como una taxonomía fijada desde el observador por criterios ajenos a los actores involucrados; 2) como un identidad a la que se apela de manera explícita en el ámbito de las representaciones sociales y culturales; 3) como un *habitus* o aquel conjunto de prácticas no necesariamente conscientes que unen a individuos distintos en grupos reconocibles; y, 4) como un conjunto de demandas políticas realizadas por partidos o regímenes a la hora de legitimarse a sí mismos utilizando acepciones virtuosas de clase media. De una u otra manera, los trabajos de esta obra se inscriben en una de estas cuatro epistemologías para estudiar la clase media, revelando de paso distintos diálogos interdisciplinarios entre sociología, antropología e historia, y dentro de esta última en un tránsito fluido entre historia social, política y cultural.

Modifiquemos la primera categoría por el bien de la exposición. Como se señaló en un principio, y muchos trabajos de esta colección dejan en claro, la clase media no puede entenderse como una realidad objetiva definida de antemano, sino como un proceso histórico contingente y específico. De allí entonces, que aproximaciones de tipo taxonómicas sean incompatibles con las premisas de los editores. Con todo, sí pueden encontrarse trabajos que apuntan a estudiar de modo histórico grupos sociales particulares, demostrando de forma empírica cómo desarrollan prácticas y/o identidades afines a la clase media. No por casualidad, son los trabajos con más firmeza situados en el campo de la historia social. Graciela Queirolo, por ejemplo, explora en un sugerente ensayo los significados de la cualificación laboral en la Argentina de la primera parte del siglo XX, en un tránsito deseado por muchos de trabajos manuales a intelectuales en medio de un acelerado proceso de modernización económica. La movilidad ascendente prometida por la educación laboral impactó con fuerza en la conformación de subjetividades particulares en el mundo de los empleados. Lo propio hacen Mario Barbosa Cruz y Cristina Sánchez Parra en sus respectivos trabajos centrados en la experiencia social de la Ciudad de México de principios de siglo XX. Barbosa Cruz se centra en la expansión de los empleados estatales posteriores a la Revolución, en un mundo de incertidumbres y movimientos sociales bruscos al calor de la coyuntura política –y de las exigencias de lealtad política de los gobiernos posrevolucionarios–; mientras que Sánchez Parra se enfoca en los dependientes del comercio y los “saberes” desplegados –modales, vestimentas, costumbres– para afirmar su posición diferenciada

de los sectores populares y construir, en la práctica, una nueva experiencia de clase. En conjunto, estos trabajos se centran más en la emergencia contradictoria y atravesada de tensiones y reacomodos bruscos de nuevas capas sociales intermedias a la luz de la modernización económica de principios de siglo, antes que explorar las modulaciones de identidades explícitamente clasemedieras en su seno.

Una segunda epistemología de las clases medias tiene que ver con la apelación explícita a esa identidad social entendida como un virtuoso horizonte civilizatorio y modernizador. En muchos casos, se intentó fundar identidades colectivas en base al ideal mesocrático, cuestión que de forma irremediable llevó a disputas culturales (a veces de baja intensidad, a veces más confrontacionales) en torno a los límites y perfiles de aquella clase media. Por ello, esta línea de trabajos apunta a historizar la propia noción de clase media, antes que preguntarse por su consistencia teórica aplicada al caso de América Latina. Así, se demuestra que más allá de los relatos teleológicos sobre la supuesta carencia de una clase media en América Latina, la clase media como horizonte cultural existió y existe en la región, moldeando prácticas, experiencias e identidades sociales. Azun Candina, en un texto más exploratorio que empírico, plantea desde el caso de Chile que los significados de la clase media se despliegan en acciones performáticas para intentar alivianar la contradicción entre las exigencias de esa identidad social y realidades socioeconómicas frágiles y cambiantes, cuestión que tendría raíces coloniales en las manipulaciones subalternas de categorías raciales. La idea es sugerente, aunque olvida que la negación o disolución de identidades mesocráticas en otras más afines a posiciones de izquierda –como “pueblo”– no son naturales y exigen también acciones performáticas para consolidarlas. Bárbara Weinstein, por su parte, abre esta obra con un muy buen trabajo sobre los usos de la noción de clase media por parte de grupos dominantes y conservadores en São Paulo, en tanto intento de proyectar una identidad regional equiparándola a modernidad, blanquitud y decencia propias del ideario mesocrático. Todo ello incluyó, además, intentos por moldear una memoria regional centrada en la figura del *bandeirante*, codificado como un emprendedor primario que le habría dado el espíritu aventurero y arrojado al paulista del siglo XX, y también en el levantamiento contra Getulio Vargas de 1932, mito fundacional de la autonomía regional. Susie S. Porter, por último, utiliza estrategias digitales para analizar largos corpus de publicaciones del siglo XIX mexicano para rastrear los usos y modulaciones de la voz “clase media”, demostrando cómo pasaron de estar ligadas a debates de filosofía política a cuestiones de estratificación social y distribución de poder político. En esta línea de trabajos, y también en los otros, se exhiben las múltiples formas en que las invocaciones a la clase media se articulan con consideraciones de raza y género, en la medida en que comparten ansiedades, afirmaciones y desafíos en torno a jerarquías sociales en formación.

La tercera epistemología –la clase media como *habitus*–, reúne a la mayor cantidad de trabajos de esta obra. Sara Minerva Luna Elizarrarás, Claudia Zamorano, María Graciela León Matamoros y Terioska Gámez exploran en sus respectivos trabajos concepciones

cambiantes de decencia, comportamientos, habitación, consumo y amor en el siglo XX mexicano. Luna Elizarrarás explora el asunto desde las dinámicas barriales de la Ciudad de México, con la emergencia de “colonias” socialmente reconocidas como de clase media, y las formas en que esas etiquetas dialogaban con prácticas y exigencias en torno a comportamientos “decentes”, en medio de un extendido “pánico moral” entre las décadas de 1950 y 1960; mientras que Zamorano analiza las distintas expectativas puestas en prácticas de habitación en la Ciudad de México a lo largo de tres generaciones de una misma familia, demostrando cómo las políticas neoliberales y el agotamiento del corporativismo asistencialista posrevolucionario impactó en las formas de experimentar y proyectar vidas de corte mesocrático. Por su parte, León Matamoros se sumerge en las múltiples recomendaciones e imposiciones en las prácticas amorosas de principios de siglo XX, y cómo ellas también están marcadas por las exigencias culturales de clases medias emergentes. Gámez, trasladándose a finales de esa centuria e inicios de la actual, analiza prácticas de diferenciación cultural entre ejecutivos y gerentes mexicanos, explorando las formas en que la clase se produce en la práctica mediante *performances* (coincidente con la perspectiva de Azun Candina) que valoran el mundo privado y sus moralidades afines.

Otros trabajos abarcan espacios geográficos diferentes, aunque con perspectivas similares. Enrique Garguin, un veterano en los estudios de clase media en América Latina, estudia sensibilidades mesocráticas emergentes en las letras del tango en Argentina en la primera parte del siglo XX, entendidas más como idealizaciones y compensaciones en un mundo cambiante antes que como reflejo directo de la realidad social; mientras que Moisés Kopper explora el llamado “sensorio” mesocrático a partir de la experiencia de habitantes recientes de viviendas estatales en el Brasil hegemonizado por Lula y el PT a principios del siglo XXI, apuntando a la interrelación entre la materialidad que sustenta nuevas identidades de clase media y los significados culturales cambiantes asociados a ella. Por último, Miriam Shakow analiza identidades cambiantes de clase media en la Bolivia de Evo Morales y el MAS, y las disputas entre narrativas individualistas y occidentalizadoras contra nociones alternativas y promovidas por el Estado de orgullo indígena y promoción social colectiva. En conjunto, este tipo de estudios demuestran la utilidad de perspectivas etnográficas, sobre todo cuando se está lidiando con memorias y experiencias recientes y/o aún en desarrollo. También prueban que la clase media no puede ser entendida sólo como un estrato social determinado por su posición económica, sino que su emergencia se ve acompañada por un conjunto de prácticas, sensibilidades y subjetividades que inundan aspectos diversos de la vida social, como el amor, el consumo, la vivienda, la música, el habla o la vestimenta.

La última aproximación tiene que ver con los usos públicos de la noción de clase media. En general, esas apelaciones públicas fueron utilizadas para avanzar agendas de grupos específicos frente a escenarios políticos cambiantes. Por lo mismo, en muchas ocasiones, la clase media se transformó en un concepto en disputa, con significados en

tensión y enmarcados en luchas más amplias por el poder. No por casualidad esta línea de trabajos se acerca más a la historia política según se entiende hoy por hoy (es decir, incorporando aproximaciones provenientes de la historia cultural y social). Sebastián Rivera Mir, por ejemplo, analizó en su trabajo a la Confederación de la Clase Media en el México cardenista, como un intento a la larga infructuoso por levantar desde ahí una plataforma anticomunista y crítica del gobierno. López-Pedrerros, por su parte, investiga las memorias mesocráticas durante la radicalización hacia la izquierda de muchos de sus miembros en los años 1960 y 1970 en Bogotá, en medio de disputas públicas actuales sobre el pasado reciente en Colombia. Su muy interesante análisis demuestra la nunca resuelta tensión entre los deseos de renuncia a privilegios “pequeño-burgueses” y la afirmación de un lugar de superioridad (en clave revolucionaria) frente a sectores populares imperfectos. Con mucha menos claridad conceptual y coherencia analítica, Stern intentó un análisis en esa misma línea para el caso de jóvenes mesocráticos chilenos durante la Unidad Popular y sus trayectorias posteriores en la dictadura de Augusto Pinochet y la democracia transicional de los años 1990.

En suma, esta obra es un esfuerzo importante por sistematizar el estudio de la clase media latinoamericana. La amplitud temporal y geográfica de sus trabajos permite conexiones y comparaciones, haciendo de la clase media en la región un objeto de estudio tan coherente como importante. Tanto en la propuesta general del texto como en el trabajo empírico en muchos de sus capítulos, queda en claro la potencialidad analítica de este campo de estudios. La clase media, en ese sentido, permite asomarse a temáticas fundamentales de la historia latinoamericana: procesos de estratificación social, construcción y transformación de jerarquías sociales, cambios en prácticas culturales e impacto de políticas económicas en la experiencia concreta de sujetos sociales. También permite comprender de mejor manera las articulaciones entre experiencias de clase y concepciones de género y raza, permitiendo muchas veces consolidar o desafiar concepciones compartidas de orden, jerarquía y poder en el mundo político, cultural y social. La clase media, en esa línea, se construyó en diálogo con nociones cambiantes y en disputa de roles y expectativas de género, y edificó muchas de sus fronteras culturales en base a creencias raciales (y racistas) de larga duración en América Latina. La publicación en español de este volumen, por último, es también prueba de lo fructífero que pueden resultar los diálogos e intercambios entre las academia latinoamericana y norteamericana, los principales polos de producción en este campo.

MARCELO CASALS
Universidad Finis Terrae